

Zoe Castell



RAPIÑA

Fue hasta el camión y se agachó a ver las llantas. Una de ellas estaba ponchada, casi destrozada de tanto andar en el camino. Las 17 se veían igual de cansadas, pero como él, todavía aguantaban. Subió a la cabina y apagó todos los motores y las lucecitas que con el tiempo iban perdiendo sentido cada vez más rápido. Después de casi 15 años, Manuel sentía que esa cabina era lo único que realmente había hecho suyo. Al mismo tiempo, sentía que ni se merecía el camión en el que andaba ni tampoco el andar alejado. Para él, las dos cosas, aunque distintas, eran un privilegio.

Trabajaba 15 días del mes, sin parar, uno tras otro. Los otros 15 estaba forzado a dormir en una cama que no sentía suya y a llamar a las cuatro paredes que su esposa pintó de color azul, un hogar. No es que no la quisiera, ni a ella o a las paredes color orfanato. Se había casado enamorado, como todos, y había aprendido a vivir con las cosas molestas que le pertenecían a Rocío. Su manía de acomodar los muebles en distinta posición antes de que él llegara, su voz aguda y pegajosa, sus ojos tan grandes que le daban miedo, y esa incesante comezón que le daba en las manos cuando se ponía nerviosa. Siempre supo que ella era feliz sin él al lado. Los 15 días lejos, uno del otro, eran una exención. Y, sin embargo, su ritual de bienvenida nunca cambió. Ella lloraba por la distancia, él la consolaba apelando a la buena paga del trabajo, se abrazaban sin sentir calor, solo para saberse más materiales uno frente al otro. Comían juntos,

compartiendo las mordidas al unísono para hacerse canciones de agradecimiento, y al final del día hacían el amor nerviosamente sin mirarse a los ojos. Nunca tuvieron hijos. Manuel aseguraba que el del problema era él por comer tanta carne, por tomar refresco, por jalársela tanto en la cabina que ya le era inservible. Rocío nunca se lo reclamó y eso también le sabía a exculpación.

Durante los caminos pensaba en ella. Casi siempre se la imaginaba rascándose las manos, arreglándose el cabello. Pintando las paredes de otro color emético. Ella nunca le preguntaba sobre su trabajo, ni sobre lo que él pudiera pensar de ella estando sola. En realidad, a Manuel la situación le daba un poco de pena y alegría angustiada. Pena por tener que sobrevivir de frenos y gasolina, consumiendo café con licor de vez en cuando, las llantas eran más su familia que ella. La alegría no le sabía a tal, más bien era rencorosa por pensarse tan lejos y tan bien, pero siempre se acordaba de ella. En el tablero del tráiler traía unas figuritas de madera de esas que tienen el cuerpo abombado y la cabeza suelta dando trompicones. Una era una tortuga roja con puntos blancos y verdes, con los ojos medio bizcos y la expresión adusta. Le recordaba a su esposa. Compró la figurita en una gasolinera cerca de la carretera 32, varios kilómetros lejos de su supuesto hogar. La fijó delicadamente al tablero con unas gotas de pegamento y la observaba moverse con la fuerza de los frenos y con cada uno de los baches que pasaba. Estaba seguro que un día de estos, la cabeza se le iba a caer. La tortuga hacía juego con el rosario de cristal que pendía del espejo retrovisor. De bolitas amarillentas talladas hexagonalmente, rematadas con lo que parecía un ángel inexpresivo al final del círculo. El movimiento del tráiler había cercenado una de sus alas llevándose consigo la representación de un arpa atrapada en las manos del querubín. Sin cabeza y sin alas, se veían bien juntos.

Bajó de nuevo y se agachó a revisar por segunda vez las llantas, a ver si se le ocurría algo que hacer. El dinero que le quedaba para las emergencias era poco y lo único que haría con eso era parchar la llanta ponchada y asegurarse de llegar al destino. Le habían trazado la ruta más corta posible y con los menores contratiempos podría llegar al día siguiente a entregar la carga. Su jefe, un joven apuesto y nuevo en el negocio, estaba expandiendo la compañía y apresurando rutas. Cerraba negocios casi todos los días y los choferes estaban

más ocupados que nunca. Ya nos les daba tiempo de parar y tomarse algo en las cachimbas y las gasolineras que una vez rebosaron de tráileres estacionados ahora los veían partir apresuradamente. Las cabinas tenían más sentido que nunca. Para Manuel eso ya era viejo. Había adecuado el camarote del torton lo más parecido a una habitación de hotel de paso. De esos que uno se encuentra en las carreteras, solo le faltaban las paredes grises y una cama más transitada. Atrás del asiento del chofer y del copiloto, se balanceaba el pequeño camastro donde trataba de descansar entre kilómetro y kilómetro. Debajo de este, unos estantes apiñaban revistas, facturas y algunas fotografías que Rocío le regalaba de vez en cuando. Él soplando las velas de un pastel que ya no recordaba a qué le supo. Ella afuera de una iglesia posando exageradamente para sumir la panza. Ellos dos mirando fijo a la cámara, apurando el clic para por fin despegarse. De vez en cuando sacaba esa foto y la veía. El cabello de Rocío estaba diferente, con unos chinos recién hechos y alborotados en la coronilla. Él se veía casi idéntico, solo que debajo del labio superior y arriba de la barbilla se le avistaba una sonrisa débil que no enseñaba los dientes. Se veían bien, como sin cabeza y sin arpa.

Pensó en la carga que traía. Detrás de la cabina, dentro de la caja del tráiler, se apiñaban 25 toneladas de mercancía encarnadas por cientos de cajas con frascos llenos de café soluble. Su trabajo era llevarlos hacia un supermercado a tres estados de distancia de la base, lo más rápido que pudiera. Hizo cuentas mentales mientras revisaba las otras llantas. Veinticinco toneladas, suponiendo que los frascos son de a kilo, transportaba más o menos treinta mil frascos, un kilo de café soluble está en trecientos pesos, entonces son nueve millones de pesos en puro café endulzado. Se repitió la cifra durante un buen rato. Subía y bajaba de la cabina pensando en los nueve millones. En las miles de tazas que se llenarían con la carga. En los grumos negros amontonados en los botes transparentes. Nueve millones eran muchos litros de pintura color horripilante para Rocío. Cientos de relevados de fotografías inexpresivas. Muchos litros de gasolina para ir y venir de esa casa.

Pensando en Rocío pintando paredes de verde sapo resolvió caminar hacia la vulcanizadora más cercana. Le tomó solo cinco minutos y unos cuantos metros. El local era el mismo de las 52 carretas

por las que Manuel había pasado en los últimos 15 años. Adornado por afiches de mujeres que ya no se veían por las calles, vestidas con diminutos bikinis subidos hasta la cintura y posando ridículamente con herramientas y aceite de motor. Ya ni siquiera volteaba a verlas. Mujeres sin imaginación que nunca existieron más que en las guardadas de los mecánicos. Lo demás eran montones de llantas que se apilaban como columnas de teatro griego. Una fila tras otra. Adentro, lo atendió el ayudante del mecánico. Manuel solo tuvo que decir «ponchada» y «rápido» para que él muchacho, considerablemente más joven que él, caminara hasta el camión, quitara la llanta, regresara con ella y la dejara como nueva. Prístina, como si nunca hubiera desgastado el pavimento de la mitad del país. Pagó el servicio pensando en los frascos de nueve millones. Tendría que comenzar de nuevo, planear una ruta mental, el itinerario correcto, pegarse al asiento y prender los botones de la cabina. La idea de echarse a la carretera le produjo alivio momentáneo, como nubes grises que despejaban el cielo de la tarde antes de las lluvias. El tráiler tembló con el accionar del motor. Vio a la tortuga de su esposa balancear la cabeza de arriba para abajo, casi emocionada. También escuchó un leve tintineo que venía de la caja del camión, los nueve millones vibraban.

Decidió tomar la ruta de la carretera 25. Era una desviación menor, pero le ahorra una parada y dos retenes instalados en las casetas más cercanas. Tendría que pasar por El Jacalito y por Piedra de la Soledad, que le hacían honor a su nombre. El primero era una línea recta flanqueada por casas desvencijadas que se coronaban por una laguna artificial que servía para alimentar a unos viveros solitarios. Hace años cuando Rocío tuvo ganas de nunca despegarse de él, la llevó a un restaurante de carretera a la orilla de la laguna. El agua verdosa y el vaho del verano les regalaron más fotografías que seguro ella tenía almacenadas en alguna parte de la casa. Piedra de la Soledad, era en cambio un aglomerado de casas en torno a un monolito en miniatura que servía como mina de arena. Manuel siempre la pensó como polvosa y derruida y la mayoría de los trailers la evitaban por fea. Sin cachimbas ni lagunas ni moteles ni mujeres de calendario, La Soledad no servía para nada.

Al comenzar a manejar, las nubes grises se le regresaron al pensamiento. La pena y la alegría rencorosa comenzaron a reñir y la presión del viaje se le fue acumulando en cada metro recorrido.

Tuvo ganas de apagar el camión y echarse en el camastro del camarote. Si le daba tiempo, incluso, podría ver las fotos de Rocío. Pero esos frascos de café granulado se necesitaban para la primera hora de la mañana. No vaya a ser que por su culpa alguien se duerma en el trabajo, o desayuné sin su taza humeante, o tomé un té en vez de café. No vaya a ser. Siguió pensando en la foto de ellos dos juntos. No se acordaba bien por qué estaba sonriendo. Si bien no era sonrisa total, su entonces falta de vello facial exhibía una mueca que fácilmente se confundía con la felicidad que Rocío mostraba. Aparentaba, simulaba, tal vez. Ella o él, era igual.

Con el camino de frente, se concentró en meter las velocidades correctas y el freno a tiempo. La ruta que escogió estaba parcialmente desierta, un camión de ese tipo rara vez se veía transitar por las carreteras angostas. A pesar de ello se las ingenió para seguir bien despierto, sin ganas de detenerse y concentrado en la carretera recta que luego serpenteaba en la distancia. La alegría rencorosa le hacía mella de vez en cuando. Rocío moviendo los muebles. Rocío comiendo en una mesa para cinco, sola. Rocío haciéndose chinos en la coronilla. Se vislumbró de nuevo en la cama ajena y tuvo pena por sí mismo. Aunque siempre se supo un hombre responsable. Por eso se había casado; por eso era ese hombre que manejaba hasta los rincones del país llevando televisiones, zapatos, muebles y café endulzado. Para ser un buen hombre.

No perdía la concentración. Desde que comenzó con el trabajo había cambiado de camión varias veces. Casi siempre los abandonaba por viejos, por maltrechos, por peligrosos. Con el último llevaba apenas unos tres años. Lo suficiente para hacerlo suyo. En sus interacciones diarias, Manuel sentía como el torton y él se hablaban por lo bajo. Él sabía bien cuando necesitaba parar y descansar, que el camión descansara también. Se conocían a la perfección. El asiento del chofer ya tenía su silueta y el olor de su sudor. Los espejos la inclinación correcta y hasta las llantas sabían cuando romperse. Nunca lo había dejado varado, siempre habían sido fieles entre los dos. Por eso le daba tanta pena llegar a su casa de muebles irreconocibles y paredes chillonas. Eran naufragios en mares de desprecio. En los océanos de Rocío.

Siguió manejando hasta llegar a Jacalito. Vio el brillo de la laguna falsa desde lejos. Pasó los baches de su camino recto sujetando

su impulso por pararse en el restaurante a la orilla del agua. Con cada bache que pasaba, los frascos de café vibraban al unísono mucho más fuerte. Solo tenía que pasar La Soledad y con eso llegaría a la carretera federal. Añoraba el pavimento liso y la anchura de cuatro carriles flanqueando la caja del tráiler. Pasó con cuidado cada uno de los topes que parecían muros y siguió de frente. La Soledad se presentó en forma de nubarrón. El monolito, cada vez más pequeño por la constante minería, hizo que la carretera tuviera que virar a la derecha rompiendo la rectitud del Jacalito. Las pocas casas que hacían de La Soledad un lugar habitable tenían las ventanas abiertas. Aun así, nunca vio a alguien caminando por la carretera, o tomando el fresco, o mentándole la madre desde el pie de carretera. Pasó sin fijarse y se felicitó por encontrar la salida 87 de la vía de cuota dejando atrás a La Soledad con sus habitantes fantasma.

No llevaba ni un kilómetro cuando lo sintió. Supreciado torton, su camión adorado le estaba fallando. Ni la conexión que él decía tener con el pedazo de metal le sirvió para algo. Los frenos no le servían. El tráiler comenzó a sacudirse sin control. A pesar de que seguía la línea recta, el peso de la caja lo llevaba hacia los lados. En todos los años que llevaba en el trabajo nunca había tenido ningún percance. Siempre tuvo la certeza de que era un buen chofer, un buen trabajador, incluso, un buen esposo. Pero no pudo dominarlo. Sintió como todas las toneladas del camión se le venían encima y cayó. El sonido retumbó en sus odios. Pasaron unos minutos para que se diera cuenta que el pavimento liso de la carretera federal albergaba ahora a su camión recostado sobre uno de sus lados. El sonido también resonó en las cercanías. Y ahí estaban. Las hordas de La Soledad aproximándose. Cientos de frascos de vidrio esparcidos por el suelo de la carretera. Tres de los cuatro carriles estaban completamente pintados con gránulos de café que se disolvían con la humedad del pavimento. Aún dentro de la caja del tráiler, otras decenas de cajas se resguardaban de las manos que trataban de alcanzarlas. El olor a café le llenó los pulmones. No podía respirar bien y tampoco sentía las ganas de bajar de la cabina. Por uno de los espejos vio las caras contorsionadas de la tropa que perseguía el trofeo. Pronto de la cabina no quedaría nada que pudiera nombrar como suyo. Se contorsionó hasta el camarote y trató de sacar las fotos. En realidad quería aquella en la que se le veía

sonriendo. Sin embargo, la única que estaba a la mano era la de él soplando un pastel de velas perennes. La estrujó en su mano derecha y con la izquierda trató de arrancar la tortuga del tablero. Podía ver a las almas de La Soledad peleando por las cajas aún sin abrir. Algunos más recogían en bolsas plásticas los restos esparcidos en la carretera. Y la figura de madera no cedía. Ahora sí le parecía a su esposa, necia, pintarrajeada, contoneándose en poses extrañas para sumir la panza. Le arrancó de tajo la cabeza y decidió dejar el cuerpo pegado para que le hiciera compañía al ángel sin arpa que ya era imposible de salvar. Las sombras de La Soledad habían alcanzado la parte frontal del torton.

Salió y se sentó en la carretera. Vio el trajín de la masa amorfa de niños, mujeres y hombres cargando nueve millones de pesos en café endulzado. Eso eran muchas llantas parchadas, muchos litros de gasolina, muchos botes de pintura para Rocío. No hizo nada por parar el evento. Se puso de pie y comenzó a caminar. Tenía que llegar a una gasolinera, tomar un autobús e irse de ahí. La policía federal no demoraba en llegar y la llamada de su jefe no tardaba en sonar. Tenía que llegar con Rocío. Ella le preguntaría qué hacía en la casa tan temprano, en ese día, en esa semana. Él solo le iba a contestar: «Rapiña, Rocío. Llegó la rapiña» y le entregaría la cabeza segada de madera y su foto de cumpleaños eterna. Se le estaba antojando un café con mucha azúcar.